

Roma, 16 de octubre / 1920.

Ruth:

Acabo de regresar de mis andanzas por el norte de Italia. Roma me esperaba, amable y buena, con una carta tuya en la mano. Una carta que yo he leído antes de desentramarme del sobretodo y del sombrero, sentado al pie de la cama en mi "chambre" de hotel, mientras el criado instalaba en un rincón mis fatigadas maletas.

Y he tenido la sensación de que tú me visitabas. De que a mi cuarto su-

traba la vida de una muchacha,  
muy inquieta y muy tímida,  
que todo lo movía, que todo lo  
debolía, que todo lo tocaba y que  
me hacía tantas preguntas que  
yo no podía contestarlas. Algo  
así como un rayo de luz tímida  
llegase festivamente a mi  
estancia.

Y tus cartas me hacen casi siempre  
este efecto. Por esto te las agradezco  
mucho. Y te ruego que no me  
prives de ellas ni aun si te  
parece que las mías son demasiadas.  
Dado desahogado demasiado pronto.

de interés. Piensa que yo no soy  
capaz de producirte el placer que  
tu puedes producirme. Que ~~yo~~ lo  
que yo puedo escribirte no es posi-  
ble que sea como lo que tu puedes  
escribirme. Yo me he vuelto un poco  
grave. Tu cambio tu eres una chi-  
guilla. No eres una chiguilla  
frívola y egoísta; pero eres de toda  
manera una chiguilla. Una chi-  
guilla buena ~~y~~ inteligente.  
[No te agrego que bonita porque  
si te dedico tres adjetivos vas a  
poner en duda la sinceridad  
de alguno de ellos. Y luego porque  
yo de bonita lo dejo para que

Fe lo digan otros)

Mis cartas no son propiamente  
respuesta a las tuyas. No lo son  
sino en este sentido. Tu que una  
carta mia digue a la recepción de  
una carta tuya. Pero por lo de mas  
no. Yo no te hablo casi de las  
cosas de que tu me hablas. Y  
es que estamos tan distantes,  
el uno del otro! Tu voy en plena  
dos meses en llegar hasta mi.  
Habrá, que es un joven, en  
plena, sin duda, mucho más. O,  
por lo menos, llega muy apaga-  
da, muy vaga, casi impercep-

2/ tible. ¡Este colosio nuestro lu-  
cha con todas las dificultades fi-  
sicas del tiempo y la distancia!

Pero esta vez voy a referirme  
a uno de tus párrafos. A aquel en  
que me dices que tienes mu-  
cha confianza en mí; pero que...  
me ocultas algo. Y que no me  
lo contarás, eso sí que no. Proba-  
blemente a consecuencia de que  
tienes mucha confianza en mí.  
¿No es cierto? Si no fueses ilógica  
no serías mujer. - Vamos. No  
me pongas curioso. Pruébame que  
te inspiró toda la confianza que me

seguras. Es necesario que la inti-  
midad con que nos tratamos  
sea verdadera. No' verdadera a  
medias sino verdadera absoluta-  
mente, totalmente, completamente.

¡Quieres hacer una cosa buena y  
razonable! Mandame tu retrato.  
Lo pondre sobre mi escritorio, ab-  
solutamente solo, para tener cuan-  
do te escribo la ilusion de que  
conversas conmigo. Tu me debes tu  
retrato desde hace mucho tiempo.  
Y no se como te has dado maña  
para no satisfacer hasta la fe-  
dia tu deuda. Ustedes las mujeres

son muy traucposas.

He visto que han expunado en "El Tiempo", al pie de articulo, que yo escribia con un pseudonimo uno, un infantil y olvidado seudonimo de Juan Croniqueur, al cual denuncio formalmente en la revista "Nuestra Epoca" arrepintendome de todos los pecados que con el habia cometido. Quiero dejar constancia ante ti de que soy completamente ajeno a la resurreccion de dicho seudonimo y de que lo lamento desde lo mas profundo de mi alma.

Escribeme pronto. Ulica que cada vez que recibo <sup>lo primero que hago es</sup> correspondencia ~~veo~~

curiosamente ninguno de los sobres  
 es el tuyo. Mira que siento predilec-  
 ción por tus cartas, y que mi pre-  
 dilección por tus cartas es también  
 predilección por ti.

Y fuyo affuero

prejuras

P.D. - ha complicada y perversa  
 posta se entretiene en robarme hoy  
 una carta, mañana otra. - Temeroso de que  
 trate de turbar mis relaciones contigo,  
 certificaré todas mis cartas, para que  
 se le haga mayor cargo de conciencia  
 incantarse de ellas en el caso de  
 que se le ocurra tan cruel idea. - Vale.